

MINICONGRESOS DE ESTUDIANTES

ANTONIO G. GARCÍA

INSTITUTO FUNDACIÓN TEOFILO HERNANDO DE I+D DE MEDICINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Los Minicon-
gresos de estu-
diantes me han
proporcionado
un sin número
de experiencias
docentes
maravillosas

En mi Facultad, la de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), he vivido experiencias extraordinarias. Recuerdo que a la salida del acto de clausura del XXI Minicongreso de Farmacología y Terapéutica de los Estudiantes de Medicina de la UAM, celebrado en mayo de 1998, se acercaron a mí tres alumnos de tercer curso, para confesarme su decepción porque no les había formulado pregunta alguna al finalizar su exposición. Habían preparado un tema sobre un nuevo fármaco, el sildenafil, un inhibidor selectivo de la fosfodiesterasa V, que evita la degradación del GMP cíclico, favoreciendo así la vasodilatación y acumulación de sangre en los cuerpos cavernosos, y la erección del pene; por entonces este fármaco, bautizado con el nombre de Viagra, estaba abriéndose camino en el tratamiento de la impotencia. Les comenté que su comunicación había estado muy bien, les recordé que había habido otras preguntas de la audiencia, y les felicité no tanto por su trabajo, que era excelente, sino porque se sintieran orgullosos de él y quisieran que fuera apreciado por sus profesores. Es esta una actitud poco común en estudiantes universitarios que, se cree, les mueve tan solo la consigna de aprobar con el mínimo esfuerzo y complicación. Se piensa (y en muchos casos es así) que el estudiante de medicina asiste a clase para copiar, textual y acríticamente, las palabras del profesor que imparte la lección, que repite monótonamente días tras día, año tras año, casi como en el colegio que imaginó Antonio Machado:

<<Con timbre sonoro y hueco/truena el maestro, un anciano/mal vestido, enjuto

y seco,/ que lleva un libro en la mano./ Y todo un coro infantil/va cantando la lección:/ mil veces ciento, ciento mil:/ mil veces mil, un millón.>>

A pocos se les ocurre pensar que con técnicas pedagógicas más motivadoras puede lograrse que un estudiante de medicina prefiera trabajar en un laboratorio durante los meses de verano, en vez de pasarlos de aquí para allá en terrazas, playas, viajes, discotecas o simplemente contando cada minuto de cada día con hastío. O que se moleste en ir a consultas y servicios clínicos de hospitales, o buscando historias clínicas o bibliografía para dar respuesta a una pregunta farmacoterápica que se ha formulado. En mi Facultad, aunque no les sirva para aprobar, los estudiantes de tercer curso, organizadores del XXI Minicongreso de Farmacología y Terapéutica, María Palencia, Miguel Fernández, Cristina Fernández, Marta Taida, Ana Martínez, Miriam Quero, Emilio Salgado y Juan Solivera, con el asesoramiento del profesor Jesús Frías, utilizaron una parte importante de su tiempo a lo largo del curso, para pedir apoyo financiero a distintas instituciones y laboratorios farmacéuticos, convocar premios al mejor cartel anunciador del XXI Minicongreso y a las mejores comunicaciones oral y en panel, confeccionar un magnífico libro con los resúmenes de todas las comunicaciones y estar pendientes de que funcionaran los medios audiovisuales y de que la programación científica y social discurriera, armónica y puntualmente, durante los dos días que duró el Minicongreso. Pocos médicos licenciados en Facultades de Medicina española pueden decir que participaron en un congreso científico

durante su etapa de estudiantes. Y pocos disfrutaron las magníficas experiencias de los estudiantes de la UAM, Complutense, Córdoba y Cádiz que participaron en este XXI Minicongreso.

La idea del Minicongreso se inspiró en una actividad docente de la “State University of New York, Downstate Medical Center”, en donde trabajé tres años haciendo mi posdoctorado, en el laboratorio de Sadashiv Mahdad Kirpekar, que solía llegar a las 9 de la mañana. Nos saludaba e, inmediatamente, encendía un mechero Bunsen y calentaba agua en un matraz. Cualquiera que le hubiera visto por vez primera podía haber pensado que Sada (que así le llamábamos) iba a preparar una solución para hacer un experimento. No era esa su intención ya que, cuando ya hervía, vertía el agua en una gran taza que contenía dos o tres cucharadas de café soluble, que edulcoraba con sacarina para mitigar las consecuencias negativas que sobre su diabetes podía ejercer el azúcar. Mientras yo pesaba el cloruro cálcico y otras sales en la balanza, ubicada en la poyata, a 1 metro escaso de su escritorio, comentábamos el experimento que iba a hacer aquel día y los resultados que podía obtener. Sada había rechazado varias veces el despacho que Robert F. Furchgott, el director del Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, le había ofrecido. Sada había alcanzado ya el máximo rango académico de “full professor” y merecía un despacho; pero prefería estar en el laboratorio, cerca de sus colaboradores y del experimento. Quería sentir la ciencia fisio-farmacológica en primera línea. Siempre le recuerdo, a media tarde, acudir al contador de centelleo, para ver salir los datos del experimento que, si eran los esperados, daba un grito de alegría.

Cuando en 1971 aterricé en el laboratorio de Kirpekar, hacían su tesis doctoral Prasad Kulkarni, Walter Dixon, John Krustz, Dan Rubin y un posdoctorando japonés, Kashimoto. El laboratorio funcionaba bien porque el técnico John Prat, de origen argentino, llevaba años trabajando con el jefe y, al tiempo que hacía su experimento

de cada día, gestionaba también los pedidos de materiales y reactivos, asegurando así la buena marcha del laboratorio. En Downstate asistía a los cursos de doctorado que se impartían en la biblioteca del departamento, y a las clases de farmacología que los profesores del departamento (Friedman, Kao, Furchgott, Sheid, Wakade, Kirpekar, Rubin, Bedford, Li...) impartían a los alumnos de medicina. Más tarde, cuando Furchgott decidiera nombrarme “assistant professor”, yo mismo impartiría algunas prácticas en el perro anestesiado, para que los estudiantes de medicina apreciaran los poderosos efectos que los fármacos tenían sobre los diversos parámetros cardiovasculares.

Durante mi primer verano neoyorquino vinieron al laboratorio algunos estudiantes de medicina. Asesorados por Kirpekar, desarrollaban un pequeño proyecto de investigación que incluía una revisión bibliográfica de un tema farmacológico y la redacción de un informe siguiendo el estilo de un manuscrito científico. La idea era que los futuros médicos tuvieran algún contacto con la investigación básica; con ello se buscaba despertar su curiosidad y que vivieran los entresijos del método experimental. En el futuro, esos hábitos y actitud inquisidora mejorarían, sin duda, su práctica del oficio de médico. También serviría para estimular a algunos de los futuros médicos para que practicaran simultáneamente la medicina asistencial y la experimental.

En 1977, el profesor Pedro Sánchez García, quien años antes había hecho su posdoctorado junto a Robert Furchgott, en el mismo departamento neoyorquino que yo, se afanaba por desarrollar el Departamento de Farmacología y Terapéutica de la Facultad de Medicina, que había creado en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Para ello, reclutó a un creciente grupo de jóvenes farmacólogos, entre los que me encontraba. Un día, Don Pedro y yo comentábamos los proyectos de investigación veraniegos que hacían los estudiantes de medicina en la Universidad de Nueva York. Aquellos

El Minicongreso de Farmacología y Terapéutica de los Estudiantes de Medicina de la UAM se inició en 1977

proyectos se limitaban a la redacción de un manuscrito, que luego sería evaluado por un profesor e incorporado a la nota final del alumno. Recurriendo al lema de nuestra Universidad Autónoma, “Quid ultra faciam?”, se nos ocurrió hacer más, ir más allá; en vez de limitarnos a que los alumnos recogieran en un informe su trabajo de investigación y búsqueda bibliográfica, pensamos que sería más estimulante para ellos que lo presentaran a sus compañeros, dándole la forma de un congreso. Dicho y hecho. En mayo de 1977 nacería el Minicongreso de Farmacología y Terapéutica de los Estudiantes de Medicina de la UAM.

La idea de exponer públicamente los resultados de la investigación sobre un tema farmacológico de laboratorio, una revisión bibliográfica, un estudio basado en tratamientos farmacológicos, revisando historias clínicas de pacientes, o haciendo una encuesta de opinión sobre el uso de los medicamentos, sirvió de acicate para que los alumnos tomaran como propias todas las actividades que, a lo largo del curso, se coronarían con la celebración del Minicongreso. Año tras año, fue adquiriendo la estructura de cualquier congreso médico. El Minicongreso tuvo la virtud de ilusionar a alumnos y profesores de farmacología; y no solo de la UAM. Con los años, acudirían al Minicongreso de la UAM estudiantes y profesores de otras universidades, concretamente Salamanca, Córdoba, Alcalá de Henares, Complutense de Madrid, Valencia y Santander. Hubo ediciones en las que nos dimos cita más de 300 alumnos y profesores que, durante dos días, invadíamos el Aula Magna, “José María Segovia de Arana”, los seminarios aledaños, la Pagoda y el amplio vestíbulo del Decanato, en donde se ubicaban los paneles y los refrigerios de café, en los descansos de las sesiones orales. Era emocionante ver a los alumnos, ataviados con vestimenta de fiesta, participar en los vívidos debates, compartir con ellos el trabajo científico y la amistad, en una fantástica relación alumno-profesor, que se cultivaba a lo largo del curso, en las reuniones que los profesores tutores celebrábamos con los alumnos para orientar y seguir la evolución de su trabajo. Cada año, el departamento nombraba a

un profesor para que, con una veintena de alumnos, coordinara y catalizara la buena organización del Minicongreso. A su vez, los alumnos elegían a un compañero presidente del Comité Organizador, al tesorero, secretario, vocales, y responsables de las distintas actividades, desde conseguir recursos para financiarlo, siempre escasos, hasta la organización del programa, las sesiones temáticas, la selección de alumnos para moderar dichas sesiones o la evaluación de paneles y comunicaciones orales, hechas por profesores, para otorgar los premios a los mejores trabajos, en la sesión de clausura. Estos premios adquirieron mayor impacto cuando la Fundación Teófilo Hernando, con el apoyo de don Luis y doña María Hernando, decidió dotarlos con una gratificación económica. Los cuatro premios a los mejores trabajos estaban dotados con 1000, 800, 600 y 400 euros. También se otorgaba un premio de 200 euros al alumno que había diseñado el mejor cartel para anunciar el Minicongreso y ponerlo en la portada del libro de resúmenes. El cartel era elegido por votación de los propios alumnos. Otro hecho notable era la impartición de una conferencia por un científico relevante. Con los años, el espacio de esta conferencia sería ocupado por la Lección Conmemorativa Teófilo Hernando, organizada y financiada por la Fundación que también lleva el nombre del adelantado de la Farmacología española. En años sucesivos, los Minicongresos de estudiantes de medicina se extendieron a otras universidades españolas y extranjeras. Uno de mis más apasionado colaborador de mi etapa lucentina, el profesor Ricardo Borges, inició el Minicongreso de Estudiantes de Medicina y Enfermería de la Universidad de La Laguna. Ricardo me invitó en dos ocasiones para que impartiera una charla científico-docente a los estudiantes del minicongreso lagunero. También mis amigos farmacólogos de la Facultad de Medicina de la Universidad del País Vasco, se animaron a organizar un Minicongreso de Estudiantes con un original formato. Los estudiantes desarrollaban un proyecto de investigación en el laboratorio y luego lo presentaban, al finalizar el curso, en forma de carteles y comunicaciones orales. También estuve un año con ellos, impartiendo una charla. Fue una experiencia muy grata. Luego supe que esta

Año tras año, el Minicongreso de la UAM fue adquiriendo la estructura de cualquier congreso médico

La idea del Minicongreso de la UAM se exportó a otras Universidades. En la de Alicante se inició el Minicongreso en el curso 1982-1983. Más tarde, se convertiría en el Congreso Nacional de Estudiantes de Medicina, cuya edición número 35 se celebra estos días en la Universidad Miguel Hernández.

experiencia educativa tan maravillosa, la acogerían otras universidades españolas y foráneas (Gröningen en Holanda, Bialystok en Polonia, Bonn en Alemania, o Perugia en Italia).

En 1982, los avatares de la vida académica me llevaron a la recién creada Universidad de Alicante. Impartí allí el curso de Farmacología a la primera promoción de sus estudiantes de Medicina, junto con mi recordado Alfredo Orts, farmacólogo y amigo, fallecido prematuramente. En el improvisado Campus, un aeródromo militar, estaba todo por hacer. Si crear actividades novedosas en una organización veterana es difícil, en el Campus de San Vicente del Raspeig había hambre de cosas nuevas, de seminarios de investigación, de conferencias impartidas por científicos foráneos, de iniciativas docentes singulares. Tardé pocas semanas en darme cuenta de que aquel terreno universitario, virgen pero potencialmente fértil, podría acoger con entusiasmo la rica experiencia del Minicongreso de los Estudiantes de la UAM. Además, aquella primera promoción contaba solo con 100 estudiantes y, como éramos pocos profesores, pensé que la siembra minicongresual podía caer en terreno apropiado y crecer. ¡Vaya si creció!

Al finalizar el curso en mayo de 1983, celebramos el Primer Minicongreso de Farmacología y Terapéutica de los Estudiantes de Medicina de la Universidad de Alicante. La escasez de edificios y aulas en Medicina nos condujo a la Escuela de Obras Públicas, que contaba con un salón de actos adecuado. Por lo demás, el formato del minicongreso lucentino fue similar al de la UAM. Hubo sesiones orales y en cartel, se formó un Comité Organizador de alumnos, con el asesoramiento y coordinación de un profesor, y los tutores fuimos los profesores del naciente Departamento de Farmacología, jóvenes colaboradores que fui reclutando al iniciarse aquel emocionante curso académico 1982-1983, entre otros, Francisco Sala, Ricardo Borges, Juan Antonio Reig y Pilar Pérez Hervás.

Recuerdo vagamente que en las mejores épocas del Minicongreso de la UAM, los alumnos organizaban una cena o comida de clausura en algún restaurante cercano a la Facultad, a la que acudíamos algunos profesores. Esto, en el Minicongreso de Alicante, fue mucho más fácil y divertido de organizar. Así, en la primera edición hubo comida y baile durante largas horas en el Restaurante del Aeroclub, ubicado en la Torre de Control del antiguo aeródromo. En años sucesivos, el baile se haría por la noche, en una discoteca de Alicante, abierta en exclusiva para la ocasión.

Mi estancia en la Universidad de Alicante duró 5 cursos académicos. Aunque mi departamento creció con el reclutamiento de algunos profesores y la fusión con los bioquímicos para transformarnos en un Departamento de Neuroquímica, pensé que el futuro del Minicongreso era frágil si su organización iba a depender solo de ese departamento. Por tanto, mis colaboradores y yo decidimos transformarlo en un Minicongreso de toda la Facultad. De esta manera, en su tercera edición del curso 2004-2005, el Minicongreso se organizó con el nuevo nombre de Minicongreso de Patología y Terapéutica. Acordamos que el Minicongreso se organizaría por los distintos departamentos, en turno rotatorio. Y con más o menos dificultades de coordinación, tuvo este formato hasta su quinta edición, al final de la cual retorné a la UAM.

Aunque en años sucesivos seguiría en contacto con mis antiguos colaboradores de la Universidad de Alicante, sobre todo para mantener viva la llama de la colaboración en temas de neurociencia y neurofarmacología, no seguí de cerca los aspectos docentes de la Facultad, ni siquiera cuando se creó la nueva Universidad Miguel Hernández en Elche, y la incorporación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alicante, a la nueva universidad. Años después, en la primavera de 2005, me encontraba en la Facultad de Medicina de la Universidad Miguel Hernández, que se había trasladado a esta nueva universidad

desde la de Alicante. Fui al Campus de San Juan para asistir a una tesis doctoral. Al salir del acto académico se dirigieron a mi dos estudiantes de medicina, Elena Calderón y Jorge Jiménez. Hacían de secretarios del Comité Organizador del XXIII Congreso Nacional de Estudiantes de Medicina. Querían hacer un homenaje al Comité Organizador del I Minicongreso de Farmacología y Terapéutica, que luego evolucionaría a ese fantástico foro nacional de estudiantes de medicina, al que acuden también estudiantes extranjeros. Los días 19 a 21 de octubre de 2005 se celebró aquel Congreso Nacional número 23, al que asistí gustosamente. Su sede fue el magnífico Palacio de Congresos del Colegio de Médicos de Alicante. Su presidente, el doctor Ricardo Ferré, me decía que estaba muy satisfecho cediendo las instalaciones del Colegio a los 840 estudiantes de Medicina de toda España que habían acudido a la llamada de la Universidad ilicitana.

El acto académico de homenaje al Comité Organizador del Primer Minicongreso lucentino se celebró en el patio de armas del Castillo de Santa Bárbara. Lo presidió el decano, prof. Juan Caturla. El acto comenzó con las palabras de bienvenida del decano y con la proyección de un curioso vídeo realizado por dos estudiantes del Comité Organizador, Cristian Escolano y Ariadna García-Grajalva. Para montar

el vídeo los estudiantes utilizaron las grabaciones que habían hecho a varios miembros del Comité Organizador del Primer Minicongreso de Farmacología y Terapéutica, presidido por la doctora Pilar Pérez Hervás, actuando como secretaria Rosa Sempere y como vocales Ricardo Borges, Jesús Cancillo, José Castejón, Vicente Elvira, Joaquín Ferrer, Francisco Pascual, José M. Sempere, María José Serralta y Paloma Vela. Hoy, aquellos estudiantes de Medicina son flamantes médicos y, algunos, también profesores de universidad.

La fiesta de clausura del XXIII Congreso Nacional de Estudiantes de Medicina se celebró en el Castillo de Santa Bárbara, con su impresionante vista al Mediterráneo. Tras los discursos del homenaje hubo cena y música estridente. Me acerqué a la muralla que rodea la mole del castillo. Una hermosa luna llena proyectaba su luz sobre las aguas mediterráneas de la Bahía de Alicante. Sentí una dulce brisa sobre mi cara y pensé que el Minicongreso había sido una de las actividades pedagógicas más atractivas de las que había practicado en mi camino docente. Pensé también que aquel homenaje que los estudiantes de medicina de la Universidad Miguel Hernández fue lo mejor que me había ocurrido en mi vida académica.